

IN MEMORIAM

Vicente Palacio Atard (1920-2013)

El 15 de octubre de 2013 nos dejaba un maestro y un amigo, «don Vicente», como siempre le llamamos quienes, desde nuestros años universitarios, hemos disfrutado de su magisterio y de un compartido, sincero y mantenido afecto. Desde él, considero que en estas páginas de la revista *Hispania*, donde tantas veces colaboró, era de justicia que se dedicasen unas líneas a su memoria y que por mi mayor vinculación a ella, cuya dirección me cupo el honor de desempeñar durante varios años, fuese mi recuerdo quien testimoniase la gratitud a su valiosa colaboración.

Cuando la inexorable frontera final se hace presente, el recuerdo y el afecto a la persona que ya la ha cruzado suelen manifestarse. Es siempre un consuelo y un gesto de solidaridad con su familia y sus más allegados. Nunca vienen de más. Pero sigo prefiriendo los homenajes y, sobre todo, los gestos de amistad a la persona viva y presente. De ahí que considere un acierto el libro que el pasado año y a iniciativa fundamentalmente de Luis Palacios y de la Universidad *Rey Juan Carlos* —que ya le había distinguido con el doctorado *Honoris Causa*— elaboramos Antonio Fernández, el propio Luis Palacios y yo mismo. Al dividirnos las facetas de la personalidad de quien reconocíamos como «maestro de historiadores», yo elegí aquella que situaba su obra y su magisterio en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que se ha desarrollado la parte más importante de mi vida profesional.

El 27 de febrero de este mismo año presentábamos el libro en Madrid. Ya no pudimos contar con su presencia física en ese acto, pero estaba muy patente en Lola, en sus hijos, en sus nietos y en tantos amigos que nos reuníamos para mostrarle nuestro afecto. Echamos de menos su presencia. De ahí que se reforzase el recuerdo de aquella tarde, cuando la edición «estaba aún caliente», en que los tres autores, en su casa y con los suyos, hicimos esa entrega más cordial e íntima. Don Vicente seguro que gozó de ese «homenaje en vida» que tres de sus discípulos y amigos le ofrecíamos, en su casa, tomando una copa y recordando anécdotas y momentos que habíamos compartido.

Pero la hora final se impuso y es a su recuerdo al que van estas líneas centradas en su paso por el Instituto de Historia del CSIC, aquel Instituto *Jeró-*

nimo Zurita, como se le conoció durante tantos años, y en su colaboración con la revista *Hispania* que sigue siendo su principal portavoz en el área de la investigación histórica. La firma de Vicente Palacio fue frecuente en sus páginas tanto en forma de artículos como de estudios críticos, reseñaciones y notas bibliográficas, así como en el homenaje *post mortem* a algunos de los miembros del Instituto de Historia. En el capítulo de los artículos habría que recordar *La neutralidad vigilante y constructiva de Fernando VI* o *La política italiana de Carlos III*, ambos de 1944, que mostraban su condición de especialista en el siglo XVIII, como ya había confirmado con su tesis doctoral. O, años más tarde, en 1960, el dedicado a *Olavide, el afrancesado tipo*. Junto a los artículos fueron numerosos los estudios críticos, las reseñaciones y las notas bibliográficas que aportó a las páginas de la revista.

Desde su creación *Arbor* fue la revista institucional del CSIC. En 1948 publicaba un artículo sobre *El despotismo ilustrado español*. En dos de sus números y dentro de una polémica y una reflexión sobre el ser histórico de España y la incidencia de su cultura en el mundo, Palacio escribió dos excelentes artículos, uno de los cuales partía de la obra y el pensamiento de un gran maestro como era Claudio Sánchez Albornoz y de su polémica con otro maestro como Américo Castro, ambos por entonces todavía en el exilio. Se titulaba uno de ellos *Una polémica sobre el destino histórico de España* (1948) y otro *Razón de España en el mundo moderno* (1949). En esa polémica, protagonizada también por otros nombres señeros del pensamiento español era de desear un salto generacional que hiciese posible «una historia de España válida para todos los españoles», subrayaba Palacio. «No cerrar la puerta a la esperanza» era su consejo. También en las páginas de *Arbor* (1958) se encuentra la semblanza de uno de sus maestros, Cayetano Alcázar, «quien me inició en el siglo XVIII, dirigió mi tesis doctoral y me ayudó hasta alcanzar la cátedra». Luego le precedería en la dirección del departamento de Historia Moderna del CSIC.

Creo que entre las iniciativas que Vicente Palacio promovió, los *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España* fueron una aportación de gran valor a la ya por entonces casi inabarcable bibliografía sobre aquel periodo de nuestro reciente pasado. Junto a un mayor distanciamiento de los hechos y a las consecuencias de ese cambio generacional a que me he referido, apremiaba el hecho de que la historia de aquella crítica etapa se estaba haciendo fuera de España, de un lado por el testimonio de los propios protagonistas de aquellos años que justificaban su actuación y buscaban responsables, al tiempo que una creciente atención de historiadores, mayoritariamente extranjeros, insertaban la guerra de España en el convulso escenario europeo que desembocaría en la II Guerra Mundial.

Y traigo aquí, a las páginas de *Hispania*, tal referencia porque su despacho del CSIC fue, junto al departamento de la Facultad, el lugar de reunión de quienes durante varios años trabajamos en aquel proyecto. Fueron especial-

mente positivas aquellas sesiones de trabajo, cuando leída una obra, su resumen y su evaluación se exponían y se consensuaban entre los miembros del equipo.

Los seis volúmenes que constituyen esta aportación al estudio de aquel capítulo de la España de los «difíciles» años treinta siguen teniendo plena vigencia para los estudiosos de hoy. En la ciencia histórica, como en ningún campo científico, se ha puesto el punto final. Por el análisis de Vicente Palacio pasaron especialmente los testimonios de protagonistas de primera línea, de ambos bandos contendientes y de muy variadas áreas, desde la política a la militar. Pero también dirigió su atención a protagonistas de un nivel más secundario, pero cuyo testimonio añadía datos o perfilaba comportamientos y decisiones. Leídos hoy, sus análisis son un ejemplo de serenidad en su valoración como fuente o testimonio históricos, revelador de su sentido del equilibrio y del respeto al otro.

Sin salir del emblemático edificio de la calle del Duque de Medinaceli, quiero cerrar este homenaje a la memoria de Vicente Palacio con una referencia a su labor en el *Instituto de Estudios Madrileños*, que allí tuvo también su sede. En mi caso fue este otro de los ámbitos de coincidencia y colaboración, en áreas de investigación como la historia de la alimentación o en ciclos de conferencias sobre la historia de Madrid. Recordaré, entre ellas, la dedicada al «arco de triunfo de la Ciudad Universitaria» que cerraba con estas palabras: «Quiera Dios que la inevitable evocación histórica no empañe esa otra finalidad principal del ámbito universitario para que (...) sea la mansión en que florezcan las ciencias, las artes, en la concordia y en la paz». Su sentido y su ejercicio de la paz, de la libertad y del respeto al otro han marcado su paso por la vida.

Manuel ESPADAS BURGOS